

El 39, en una ocasión, dijo: "Yo no soy un refugiado que llama hoy a las puertas de México para pedir hospitalidad. Me la dio hace dieciséis años cuando se me abrieron todas las puertas de este pueblo y el corazón de los mejores hombres que entonces vivían en la ciudad. Entre todos se pudo hacer que yo defendiera mi vida con decoro. (...) Después México me dio más: amor y hogar. Una mujer y una casa".

La huella de México en la vida y en la obra de León Felipe va mucho más allá de la simple emotividad; se manifiesta en numerosos giros, modismos, expresiones y vocablos del español de México así como en el matiz mexicanista que León Felipe imprime a algunos de los asuntos que trata.

León Felipe, español irreductible decía ser tan mexicano como el misionero o el conquistador: "Yo soy otro criollo, el nuevo criollo, o tal vez un mestizo, el gran mestizo, hijo legítimo del verbo de España y del viento telúrico de América".

Volvamos a lo biográfico. León Felipe pasa nueve años, los primeros de su vida, en la meseta castellana y en 1893 la familia Camino se traslada a Santander (el padre de León Felipe fue el notario don Higinio Camino y la madre, doña Valeriana Galicia). Entre Santander y Villacarriedo terminó el bachillerato a los dieciséis años de edad. Logró irse a Madrid donde estudió la carrera de farmacia y, terminada ésta, el doctorado. En su etapa de estudiante se manifiesta la afición de León Felipe al teatro. Ya en Santander había dirigido algunas obras con actores compañeros suyos; en Madrid se convirtió en asiduo lector del teatro de Shakespeare y procuró no faltar a ninguna representación del Hamlet. La pasión por el teatro le llevó a la actuación y fue cómico en notables compañías dramáticas.

El mismo año (1908) en que León Felipe inauguró su título de doctor, murió don Higinio, su padre. La familia puso una farmacia e instaló como responsable al poeta, que vive en Santander la vida de un señorito de pueblo. El negocio que sus familiares le han confiado va de mal en peor; León Felipe lo abandona y abandona también a la familia. Huye del hastío y de los acreedores; entre estos últimos figura un usurero a quien le pidió prestadas tres mil pesetas, quedando León Felipe atado y bien atado por los papeles del usurero. Al no poder solventar el adeudo, calificada la actitud de León Felipe de fraude, la policía detuvo al poeta en Madrid y lo condujo preso a Santander, donde fue procesado y sentenciado por los jueces a tres años de cárcel, que tuvo que cumplir como un vulgar delincuente. Convertido en recluso, León Felipe, —no hay mal que por bien no venga—, enriqueció sus largas horas de prisión, con la lectura.

El Quijote, ahora sí bien leído, le produjo auténtica conmoción. Se penetró del sentido de los personajes centrales de la novela inmortal y llegó a amarlos

como de carne y hueso; frecuentemente los convocará en su poesía. León Felipe otorga a don Quijote y a Sancho dimensiones éticas superiores incluso a las que Cervantes les concede; se parece en esto a Unamuno, que no duda en señalar la injusticia o insuficiencia con que el autor considera a sus extraordinarias, sublimes criaturas.

Al salir de la cárcel, ya con un "oprobioso pasado", León Felipe, a instancias familiares y con nuevas ayudas de los suyos volvió a regir una farmacia ahora en Valmaseda, villa del país vasco. Trabajó a disgusto, creyó enamorarse de una muchacha peruana y se fue de Valmaseda para seguir a su novia, que residía en Barcelona. En 1918 falleció su madre, a quien León Felipe quiso mucho.

1919 es un año capital en la vida de León Felipe. Es el año en que lee en el Ateneo de Madrid su primer libro de poemas *Versos y oraciones de caminante*. El poeta tiene ya treinta y cinco años; los últimos los ha pasado en Madrid, más mal que bien, entre sordideces, estudios y relaciones de amistad y literarias. La vida de Madrid la ha alternado con residencias temporales en algunos pueblos castellanos en los que ha ejercido su profesión de boticario como regente de farmacias ajenas; donde gozó de mayor paz y escribió los mejores poemas de su pequeño volumen fue en Almonacid de Zorita, en la provincia de Guadalajara. En el hermoso poema *Qué lástima* describe León Felipe con precisión su vida de solitario observador en la Alcarria. El ambiente tranquilo de Almonacid de Zorita propició en León Felipe oportunidades creativas y momentos de serena reflexión; cosas de nimia apariencia adquirieron ante la conciencia del poeta, su verdadero valor.

Con la lectura del libro *Versos y oraciones de caminante* se reveló un poeta nuevo, equilibrado, equidistante de los "ismos" en boga, tales el ultraísmo, las supervivencias del modernismo y el retoricismo tradicional. El libro *Versos y oraciones*... es sencillo, tierno y acorde con el ánimo de su autor que no pretende con él más que transmitir una "emoción de belleza". En *Versos y oraciones*... apunta el independentismo de la voz de León Felipe que él mismo proclama exenta de altivez y que se acomoda perfectamente con el tono de musitada plegaria que brota como íntima expresión de un espíritu entero. En *Versos y oraciones*... se insinúan muchas de las constantes estéticas de León Felipe. El éxito de la lectura de *Versos y oraciones*... fue rotundo; en 1920 se publicó en libro. En estos comienzos que llamaremos profesionales, de León Felipe, le ayudó la certera visión y generosa amistad de don Enrique Díez Canedo. León Felipe podría haber capitalizado el éxito pero su radical insatisfacción lo condujo a solicitar un empleo, que consiguió, en las posesiones españolas de la Guinea, a donde fue como administrador de hospitales (1920). En su poema *Escuela*, escrito a los ochenta años de edad, León Felipe nos

cuenta su vida en versos conmovedores con los que recuerda sus experiencias africanas. **Escuela** es el segundo poema autobiográfico de León Felipe, si bien hay que aclarar que toda la poesía de León Felipe es autobiográfica. A León Felipe —a su obra—, se le podrían aplicar, con absoluta justicia, las palabras con que Walt Whitman cierra sus **Cantos de adiós**:

Camarada, esto no es un libro.
Quien vuelve sus hojas, toca un hombre.

Los años USA de León Felipe le dieron, además de su amistad con Federico de Onís y más tarde la de García Lorca, su vocación whitmaniana y sobre todo, la ampliación de onda de su poesía. Ya se notó esto último en la segunda parte de **Versos y oraciones de caminante** publicada en Nueva York en 1929; y se evidencia con claridad absoluta en su gran poema **Drop a star** (dejad caer una estrella, echad una estrella, como **Drop a coin**). **Drop a star**, escrito en EUA, se publicó en México en 1933. Este poema divide en dos sectores la producción de León Felipe. Es una obra limpia, compacta, exenta de circunstancialidad; el poeta la planta en su sangre como se planta un árbol en la tierra.

Durante treinta y cinco años, **Drop a star** fructificará en abundantes hijuelos para el plantío de su autor. Es aquí donde León Felipe pregunta por primera vez:

¿Quién soy yo?
¿Quién soy yo?
Yo no soy nadie: un hombre
con un grito de estopa en la garganta
y una gota de asfalto en la retina.

León Felipe estuvo en España en tiempos de la República (1931-1936); pero en 1936, el año en que comienza la guerra civil, le encontramos de nuevo en América, en Panamá. La situación creada en la península le impele a regresar a España; antes, escribe un exaltado **Good bye, Panamá** que quiso leer como despedida por radio sin que le permitieran llevar a cabo la lectura; el texto es una combativa alocución en la que se adhiere al lado republicano y se muestra dispuesto a defenderlo;

Pues que me abran las esclusas y las puertas del viento.
Me esperan en España, la guerra y la verdad.
Alas y velas para mí.

Ya en España, la caída de Málaga en poder de los rebeldes y otros suce-

sos desgraciados para la República, dan a León Felipe ocasión para escribir su tremenda arenga poemática **La insignia**, con la que llama a la unidad de las fuerzas leales. Combativo y escéptico, dice:

¡Hay que encender una estrella!
¡Una sola, sí!
Hay que levantar una bandera,
una sola, sí.
Y hay que quemar las naves.
De aquí no se va más que a la muerte o a la victoria.
Todo me hace pensar que a la muerte.

Con la guerra de España el pulso poético de León Felipe adquiere un poderoso ímpetu. Es el ímpetu del fuego alimentado por el viento. Objetivo: la justicia. España pone la ocasión y la emoción; pero donde quiera que el hombre es humillado, allí está León Felipe para defenderlo.

Español del éxodo y del llanto (1939) es el libro de la ira, el libro del vencido; el de la gran decepción y también el de la esperanza:

España,
¿por qué has de ser tú, madre de traidores
y engendrar siempre polvo rencoroso?
Si tu destino es éste,
¡que te derribe y te deshaga el hacha!
Ya no hay patria. La hemos matado todos:
los de aquí y los de allá,
los de ayer y los de hoy.
España está muerta. La hemos asesinado entre tú y yo.
Ya no hay locos, amigos, ya (no hay locos.
Se murió aquel manchego,
aquel estafalario fantasma del desierto,
¡Y ni en España hay locos!

Españoles:
españoles del éxodo y del llanto:
levantad la cabeza y no me miréis con ceño
porque yo no soy el que canta la destrucción sino la esperanza.

Ganarás la luz (1943). Octavio Paz se refirió a este libro cuando se publicó, diciendo que no era un libro de poemas pero que era un gran libro.

En algún modo tenía razón el poeta mexicano. Si examinamos **Ganarás la luz** ahora, a los cuarenta años largos de su publicación, observamos que más que un libro de poemas, es —en su conjunto—, un gran poema, un solo poema, en el que aparecen, de acuerdo con la gradación leonfelipesca los valores que el poeta establece en la ya conocida escala: español, hombre, poeta. **Ganarás la luz** es un poema del hombre. En él junta León Felipe biografía, dudas, inquisiciones, reclamos, blasfemias, protestas... Afirma, niega, ama, odia... Exige que se le aclare su identidad... y la de los demás, la del hombre:

He venido a mirarme la cara en todas las lágrimas del mundo.

**Y también a poner una gota de azogue, de llanto,
una gota siquiera de mi llanto en la gran luna de este espejo sin límites,
donde me miren y se reconozcan los que vengan.)**

Expone León Felipe en este libro su idea de las dos Españas y una sola canción. Las Españas son: la del soldado y la del poeta. Y esta es la canción del poeta vagabundo:

**Soldado, tuya es la hacienda,
la casa, el caballo
y la pistola.**

Mía es la voz antigua de la tierra.

**Tú te quedas con todo y me dejas desnudo y
errante por el mundo...**

mas yo te dejo mudo... ¡mudo!

**y, ¿cómo vas a recoger el trigo
y a alimentar el fuego**

si yo me llevo la canción?

Años después, en 1958, León Felipe recordará estas palabras suyas para arrepentirse y desdecirse. Fue en ocasión de publicarse en México el libro de Angela Figueroa Aymerich, **Belleza crue!**; León Felipe, a manera de prólogo para el libro y carta para su autora, proclama que la canción y el salmo se quedaron en la vieja heredad. Las palabras de León Felipe, además de ejemplares, marcaron un hito en la marcha de la poesía española contemporánea, dieron el merecido crédito a los poetas del interior de España y borraron las negras señas del rencor empecinado, sustituyéndolas por las de la reconciliación, tan anhelada a este como al otro lado del mar.

El **ciervo** (1958) es un libro trágico, autoincinerativo, cima dolorosa del poeta, expresión desesperada de una vida que advierte —de golpe— que el hombre no camina en línea recta, hacia una meta luminosa, sino que da sus

pasos trazando un círculo que le lleva a la nada, de donde partió. Por eso **El ciervo** está escrito a la frondosa sombra de las tristes y sabias palabras del **Eclasiastés**: "vanidad de vanidades, todo es vanidad. Pasa una generación y viene otra, pero la tierra es siempre la misma. Sale el sol, pónese el sol y corre para llegar a su lugar, de donde vuelve a nacer". "Lo que fue, eso era. Lo que ya se hizo, es lo que se hará; no se hace nada nuevo bajo el sol".

El ciervo. ¿Por qué el ciervo? Sencillamente porque León Felipe no ve en el ciervo a una bestia sino a una graciosa arquitectura, símbolo de la belleza inocente, siempre perseguida, siempre herida y atormentada, en la generación que pasa y en la generación que llega. León Felipe, seguro, sereno, cansado hasta el infinito cansancio, pide una canción de cuna para quedarse quieto hasta disolverse en la profundidad deshabitada del silencio:

¡Morir! ¡Dormir? ¡No!

No quiero que la muerte sea un sueño.

Del sueño se despierta.

**Que no entre más el viento sigiloso
por las narices de mi arcilla, a besarme otra vez.**

Los ojos cerrados para siempre.

Quiero un sueño sin sueños. Nada.

Cuando León Felipe cumple ochenta y un años (1965) se publica su última obra: **¡Oh, este viejo y roto violín!** Entre la fecha de aparición del primer libro de León Felipe y la del último, han transcurrido 45 años. Uno y otro dan fe del brío y de la lucidez sin sombra, del artista. **¡Oh, este...**, escrito en la gloriosa ancianidad de León Felipe, va a ser, según voluntad de su autor, como las "golondrinas" que los mexicanos cantan siempre a los que se van de viaje. Las de León Felipe interpretadas por sí mismo y para sí mismo, con un viejo y roto violín. En la obra reaparecen los mismos temas: personajes del Quijote, la Biblia, Dios, el Arcipreste, la lucha constante de León Felipe por la justicia y el amor, recuerdos elegíacos a los amigos desaparecidos... como los autores de las viejas comedias, pide perdón antes de salir del escenario de la gran aventura. En su consciente final, dice León Felipe:

¡No hay halo!

¡Bacia, yelmo, halo?

¡No hay halo!

No hay más que el gorro del payaso.

Y este es el orden, Sancho:

Bacia, yelmo... y el gorro del payaso...

REFLEXIONES SOBRE EL TIEMPO

Deseo exponer unas cuantas reflexiones acerca del tiempo y del tiempo libre. La primera de estas reflexiones se inicia con una pregunta que me hago a mí mismo: ¿Qué estoy haciendo aquí, además de cumplir con un compromiso cultural y amistoso? Y sigue la respuesta con que me contesto: sencillamente, estoy usando mi tiempo libre. El tiempo libre de un viejo, mucho más amplio que el de un joven. Pero no nos adelantemos. ¿Qué es el tiempo libre? Voy a contestar a esta pregunta, contándoles una anécdota vivida aquí en nuestro Monterrey. Se me encargó en una ocasión que hiciese la presentación de un pintor cuya obra se iba a exhibir en el palacio de Gobierno, constituido en una especie de galería de honor por la que se pretendía que desfilaran los más destacados artistas residentes en la ciudad. Se trataba en la ocasión del arquitecto Antonio Joannidis, excelente profesional y afamado pintor, especialmente diestro en el retrato. Joannidis, regiomontano por adopción, ha vivido en distintos lugares del planeta, tan alejados entre sí como Suiza de Turquía o Alemania de México. Al dar cuenta de sus datos curriculares el maestro Joannidis decía y repetía: "Estudié esto o lo otro y en mis horas libres me dedicaba al arte".

Y así compuso su esquema horario el arquitecto Joannidis, y quien les habla pudo redactar su presentación presidida por el título: **Las horas libres de Antonio Joannidis**. Estas horas resultaron ser las que de manera más intensa respondieron al espíritu creativo del maestro, que todavía hoy, encuentra en sus horas libres, solaz, descanso, identificación consigo mismo y el goce de verse en las obras producidas. El reconocimiento de que existe un **tiempo libre** supone la aceptación de que existe un tiempo que no lo es, un **tiempo dependiente**. La palabra tiempo, tanto si se aplica al que es libre, como al que es dependiente se deriva en ambos casos de un concepto sociológico. El hombre es un ser eminentemente social. Todo individuo, quiéralo o no, está sujeto a cierta dependencia respecto del grupo a que pertenece. Existe una concepción tan rotunda como justa que se expresa con estas palabras: "Quien no trabaje, que no coma". Mucho, pero mucho más antigua es aquella otra sentencia: "Ganarás el pan con el sudor de tu frente". En uno y otro caso está clara la obligación que recae sobre todo hombre de ceder una parte de su vida para realizar el trabajo que se le impone como una razón de carácter social, como una justificación de su pertenencia a la colectividad, como el cumplimiento de una condición recíproca que le permitirá recibir los bienes de la solidaridad de sus prójimos.

Invirtiendo la fórmula, a la existencia del **tiempo dependiente** corresponde

la existencia del **tiempo libre**. Entendemos por tal, aquel en que nos dedicamos a actividades voluntarias con objeto de proporcionarnos descanso, diversión, información...

Las satisfacciones que a veces nos niega el tiempo dependiente, las buscamos en el tiempo libre. La gama de actividades que ocupan el tiempo libre es variadísima y mediante ellas se originan formas distintas según el individuo, su inteligencia, su cultura, sus preferencias, etc. La más seductora de estas actividades, casi instintiva, de la que más placer se espera, es el juego, en sus más característicos tipos. Las prácticas lúdicas, si bien no son las únicas, impregnan de su esencia a casi todas las otras que se incluyen en el campo del tiempo libre. En ocasiones, el juego es la superación de la mecánica de ciertos oficios.

Paralelamente a la idea del tiempo social hemos de contar con el tiempo conceptual. No quisiera complicar la expresión de estas reflexiones ni su sentido simple y directo, pero la voz **tiempo** me seduce particularmente, pues provoca tantas sugerencias que hablar de ella resulta una fascinante actividad intelectual.

Confieso que me es difícil expresarme en términos que corresponden al campo de la filosofía y si me arriesgo a penetrar en él es porque estoy encariñado con la idea —que yo siento como muy clara— de que el tiempo existe porque el hombre es consciente de su devenir así como de las mutaciones a que están sujetos los seres. En virtud de esta conciencia de la dinámica vital, el hombre se apropia de una idea esencial: la de que existe el **antes**. Y como consecuencia, existe el **después**. Y como filo en que se ve transcurrir, pasar, crecer el **antes** y suceder el **después**, está el **ahora**: los conceptos de **pasado**, **futuro** y **presente**. Los tres están incluidos en el tiempo, convertido así en medida del devenir de lo existente. (Proceso del ser, cambio, movimiento progresivo por el que las cosas se hacen o transforman).

Por la conciencia del pasado, tomamos conciencia de que **somos** y a la vez nos hacemos conscientes de nuestra finitud. Nuestro tiempo es una síntesis del proceso vital humano.

Los estados de conciencia que nos permiten advertir el pasado, el presente y el futuro, nos permiten también **medir** el tiempo, es decir apreciar su duración. Esta medida puede ser subjetiva u objetiva. La medida subjetiva, la que nos hace decir que el tiempo se nos ha hecho corto o largo, por ejemplo, no tiene validez más que para cada uno de nosotros. Necesitamos una estimación universal, uniforme, independiente de nuestras impresiones personales, útil para todos: por esa necesidad, hablamos de horas, días, meses, años...

Partiendo de estas sencillas ideas llegamos a una teoría que yo encuentro muy sugestiva y que otorga una gran importancia al presente en cuanto gene-